

DISCIPULADO EN CÉLULAS
TEMA 1 - “VIDA DEVOCIONAL”
LECCIÓN 1 - “LA ORACIÓN”
CAPITULO 6



**EL PAN NUESTRO DE
CADA DÍA DÁNOSLO
HOY**

¿No nos parece extraño que en el centro de esta gran plegaria, nuestro Señor súbitamente transfiriese el énfasis, de algo tan majestuoso, como lo es la voluntad de Dios, a un tema tan simple como lo es el pan?

Pero es que él es así justamente.

Lo que ocurre es que para Cristo no hay nada que sea común.

Es una tendencia muy nuestra la de agrupar las cosas en compartimientos claramente separados. A una cosa le llamamos sagrada y a otra secular. Consideramos que algunos aspectos de la vida son muy espirituales y muy especiales, mientras que a otros los tenemos por muy simples y más bien insignificantes.

En rigor de la verdad todo lo que recibe el toque de la presencia de Dios tiene significación sagrada. Es por ello, que en todas las Escrituras, al pueblo de Dios se le instruye que viva la vida constantemente consciente de la permanente presencia de Cristo. Cuando así hacemos, entonces hasta los objetos o las actividades más rutinarias o insignificantes asumen una enorme importancia.

El hermano Lawrence definió esta idea muy bien cuando escribió simplemente que “siempre puedo levantar una pajita del suelo y hacerlo para la gloria de Dios”.

Por lo tanto no debiera de sorprendernos el que Cristo nuestro Señor incluyese en esta gran oración una petición relacionada con la comida.

Después de todo, ella constituye la base misma de nuestra existencia. Esto aplica tanto a los efectos físicos como a los espirituales de nuestra vida.

Ambas esferas ocupan en realidad lugares contiguos. Pero, y como consecuencia de nuestra tradicional forma de pensar, nos referimos a ellas separadamente en este tema.

No debemos perder de vista, sin embargo que el acto de comer pan nutritivo puede ser significativo para nuestra vida como o es el alimento con la comida celestial.

La provisión de alimentos para la vida del hombre es tema de consideración a través de toda la Palabra de Dios. Inicialmente Dios provió al hombre de todo lo que necesitaba para sustentar y fortalecer su vida sin tener que trabajar para conseguirlo. Después de que la primera pareja deliberadamente desafió las instrucciones dadas por Dios e intencionalmente rehusó a colaborar en el cumplimiento de su voluntad, todas las disposiciones fueron modificadas. La declaración categórica que recibió Adán después de pecar fue: "Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado" Génesis 3:19.

Como carpintero, que trabajó en la carpintería de José de Anisarte, Jesús estaba al tanto de todo esto. Más tarde tuvo que mantener a su madre viuda y sus hermanos menores con la fuerza de sus músculos, la habilidad de sus manos, y el sudor de su frente. El tener que machetear, hachar, serruchar y cepillar para darle forma a la dura madera del olivo, y a la dura y pesada madera de la acacia, que crecían en Galilea, no era poca cosa. Se trataba de faenas rudas que consistían en transformar árboles en yugos para bueyes, arados, mesas y candelabros, para venderlos por unos cuantos ciclos a fin de comprar pan.

¿Por qué se atrevía ahora a pedir que se les diera pan? ¿Acaso no había decretado Dios que el hombre debía de ganarse el pan?

¿Acaso no constituía parte de todo el plan para el hombre en este planeta que si el hombre no trabajaba no debía comer? (ver 2 Tes. 3:8-12) ¿Podía alguien sentirse exceptuado de este principio?

Para los discípulos de Cristo debe de haber sido revolucionario. Algo más adelante en esta misma conversación con ellos, Jesús desarrolla más el concepto del trabajo y las preocupaciones, en relación con nuestra lucha por sobrevivir. Debemos examinarlo para entender su significado.

Los principios son bastante sencillos y directos.

Básicamente Jesús nos enseña que los recursos naturales de la tierra nos son proporcionados por nuestro Padre Dios. Son más que suficientes para satisfacer todas nuestras necesidades básicas.

Como hace provisión para los pájaros y las flores silvestres, así también ha hecho provisión para nosotros. Como las aves tiene que buscar su alimento, las flores tienen que extender sus hojas en busca del sol y las raíces tiene que hundirse en la tierra en busca de agua y nutrimento, así también nosotros tenemos que esforzarnos. Dios no le mete los insectos dentro de la boca a los pajarillos, ni tampoco les tira limosnas a las personas indolentes que se quedan sentadas en las sombras y no hacen nada.

Además Dios quiere que entendamos que los muchos recursos que se encuentran a nuestra disposición son realmente dones de su mano. En Santiago 1:17 se nos dice que “Toda buena dádiva y todo don perfecto descende de lo alto, del padre de las luces”, de modo que trátese de tierra o sol o lluvia o elementos raros de la tierra, aire o amoníaco, plantas o animales, todo lo que resulta esencial para la producción de alimentos tiene su origen en nuestro Padre celestial. Es él quien ha conferido esta merced a la tierra. Es por su generosidad que el suministro se mantiene, aun a pesar de nuestra extravagancia y despilfarro, a la mezquina explotación que hacemos del planeta.

En la vista de dichos conceptos, Cristo nos instruye en lenguaje sumamente llano y sencillo a que dejemos de preocuparnos y de impacientarnos por la provisión del pan de cada día. Nos asegura que nuestro Padre sabe que esto es esencial para nuestra supervivencia. El pan está a nuestra disposición siempre que nosotros hagamos la parte que nos corresponde. Y, lo que es más notable, nos asegura que si a diferencia de Adán y Eva, que se negaron a reconocer la primacía de la voluntad de Dios – hacemos justamente eso procurando como cosa primera y principal cooperar con los deseos de nuestro Padre, no nos va a faltar pan.

“Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas (incluyendo el pan) os serán añadidas” (Mateo 6:33).

Poniendo todo esto en el lenguaje más bien sencillo del laico podríamos expresarlo de la siguiente manera: Todo hombre o toda mujer que esté dispuesto a poner la voluntad de Dios en primer término en su vida puede tener la seguridad de que no le faltará el pan.

Por lo que antecede debiera resultar claro que corolario es éste: que para recibir pan la persona tiene que estar bien con Dios. Solo el que pone a Dios primero en su vida el que por sobre todas las cosas desea ver que la voluntad de Dios se cumpla en la tierra como en el cielo, tiene derecho a pedirle a Dios el pan.

Este es un aspecto importante, que muchas personas pasan por alto. Hay millones de personas que elevan esta oración pero que “jamás” ubican a Dios en primer lugar en sus asuntos, que ni piensan en hacer la voluntad de Dios, ni siquiera en cumplir sus mandamientos. Pero en forma voluble y liviana pretenden pedir a Dios que les provea pan. Es signo de la generosidad de nuestro Padre Dios el que a pesar de todo esto sigue enviando la lluvia para beneficio de justos e injustos, sigue proveyendo lo suficiente, tanto para sus santos como para pecadores, sigue manteniendo la vida vegetal del planeta, aun cuando la mayoría de los habitantes haga caso omiso de él.

Pero quienes conocemos a Dios como nuestro Padre, y somos conscientes de su amor y su interés por nosotros, nos acercamos a él diariamente, no sólo pidiendo con toda humildad que nos provea del pan que necesitamos, sino profundamente agradecidos por los alimentos que ya nos ha proporcionado.

Quizá sea natural que demos por supuesto que no nos faltará el alimento diario. Esto resulta especialmente cierto en esta era tecnológica, con toda su abundancia, y con el servicio que presten los organismos de bienestar del gobierno. Pero para los que recordemos que hay lugares en la tierra donde verdaderamente no hay que comer. El pan diario sigue siendo un aspecto significativo de la vida, por el que nos sentimos movidos a orar y a dar gracia. Recordemos que los que viven en otros países donde la pobreza, el hambre, la desnutrición, la mendicidad, la inanición, son formas de vida, esta petición tiene profundo sentido. Para incontables millones de hombres y mujeres no hay seguridad alguna de que habrán de tener pan para el día, y mucho menos para el siguiente. Inclusive pueden no haberlo tenido el día anterior no el anterior a éste.

De manera que otro concepto que seguramente ocupaba la mente y el corazón de Cristo era el de que, como pueblo de Dios, deberían orar para que todos sus hijos en todas partes pudieran tener el pan necesario para cada día. Claro está que casi todos nosotros estamos tan ocupados con los asuntos de nuestra propia vida, tan preocupados con la obsesión de forrar bien nuestro propio nido y de alimentar el estómago ya suficientemente sobrecargado, que en realidad no nos damos tiempo para ocuparnos mayormente de los hambrientos en otras partes.

Notemos que Jesús dijo: “El pan nuestro de cada día dánoslo hoy”. No dijo: Dame todo lo que pueda consumir yo solo.

Resulta hondamente conmovedor comprobar que, cuando anduvo en la tierra como hombre, Jesús tenía gran compasión por las multitudes hambrientas. No escatimaba esfuerzos, ni de su parte ni de sus discípulos, cuando se trataba de asegurar que todos tuvieran lo suficiente.

Una de las formas bien prácticas en que podemos colaborar para que la oración signifique mucho más que una simple perogrullada es la de ayudar a compartir y distribuir con otros los bienes que hemos recibido. Esto constituye parte de lo que significa dar de comer a los hambrientos y dar de beber al sediento, cosas que Jesús indico como de gran importancia en la estimación de Dios.

Además de lo antedicho, tenemos que tener presente, desde luego que la preocupación principal de Cristo no estaba limitada únicamente al pan que usamos para alimentar la estructura física. Su perspectiva y su modo de acercarse a los problemas de todos los hombres incluían al hombre total, cuerpo, mente y espíritu. Había casi tanta necesidad de alimentar diariamente el espíritu y el alma del hombre como había de mantener en condiciones adecuadas el metabolismo del cuerpo. “No sólo de pan vivirá el hombre, más de todo lo que sale de la boca de Jehová vivirá el hombre” (Deuteronomio 8:3).

Lo asombroso es que esta declaración la hizo primeramente Moisés a un pueblo al cual Dios le había provisto maná día a día durante todos los años en que anduvieron errantes por el desierto.

Les estaba recalcando el hecho de que esa maravillosa provisión para sus necesidades puramente físicas no era suficiente para sustentar el alma y el espíritu.

Que clase de seres humanos más duros, beligerantes y brutales seríamos si estuviéramos totalmente desprovistos de nutrimentos para el alma y refrigerio para la mente. Toda persona que se ve privada por mucho tiempo de la inspiración y el aliento que proporciona todo lo que es noble, elevado sublime y digno de degenerar rápidamente hasta llegar a un estado salvaje. De modo que si vamos a encarar la oración del Padre nuestro con honestidad y espíritu práctico, es preciso que aprovechemos los dones que se nos ofrecen cada día para alimentar y estimular el alma.

Por esenciales que sean todas estas cosas para el bienestar del hombre, no cabe duda que el pensamiento principal de la mente del maestro, cuando pidió pan para cada día, se relacionaba con la necesidad del alimento espiritual. Claro que esto puede ser obvio. El problema está en que la mayoría de las personas no se detiene a reflexionar cuando repite el Padre nuestro.

¿No es sorprendente que Cristo pidiese pan, cuando el mismo afirmó que él era el pan del cielo? (Juan 6:32-38). ¿Será que nos está enseñando aquí el gran principio fundamental de que debemos acudir a la misma vida de Dios en busca de sustento, como lo hacía él? Porque como Dios nuestro Padre es el autor y dador de todos los beneficios temporales de que somos objeto, así también es Él quien nos da el alimento espiritual. Jesús dejó bien claro este concepto cuando dijo: “Mi Padre os da el verdadero pan del cielo” (Juan 6:32).

En esta discusión en torno al pan hay varios puntos sobresalientes que merecen nuestra consideración si hemos de entender porque Cristo incluyó esta petición en su oración.

Primero, como el maná de épocas anteriores, era algo que se recogía cada día.
Segundo, estaba en condiciones óptimas cuando se le recogía temprano.
Tercero, lo que se recogía para un día no podía guardarse para el día siguiente, excepto en vísperas del sábado.
Finalmente, era pan que venía de Dios. Nuestro Señor dijo claramente que acudir a él equivalía a comer pan espiritual. Como con el maná, así también con él, tenemos que acudir en forma regular, diaria, para obtener alimento renovado de las manos de Dios.

El participar de su vida de resurrección es nutrirnos de pan celestial, de este modo el corazón hambriento se llena y se satisface.

Hay algo de misterio en todo esto, y sin embargo, no es del todo sorprendente, porque aún en el mejor de los casos, nosotros los seres humanos apenas si podemos comprender los caminos únicos y maravillosos de Dios. En su misericordia y generosidad Dios se vale de conceptos temporales para explicar las verdades espirituales a fin de que entendamos con toda claridad lo que está involucrado.

¿Qué es el PAN? El pan se hace con los granos vivos de trigo que han sido quebrados, aplastados, machacados y molidos hasta convertirlos en harina. La harina se mezcla luego con sal, agua y levadura. Se le amasa, se le da forma de pan, y se deja que la levadura haga su efecto. Después se pone en el horno que adquiere un hermoso color. En su nueva forma la vida del grano de trigo proporciona vida a quienes comen el pan.

De este modo la vida del trigo se transmite al hombre mediante el proceso de la muerte y la posterior asimilación.

Siguiendo una serie de procesos similares la vida de Dios está ahora a nuestra disposición en Cristo. Nuestro Salvador se convirtió, por así decirlo, en el grano de trigo en manos de Dios. Fue el quién fue quebrantado y molido en el Calvario. Allí se hizo cargo de nosotros y de nuestros pecados. De ese quebrantamiento, de la tumba, de la muerte misma, salió y se levantó para iniciar una vida de resurrección. De este modo se convirtió en nuestro pan.

De este modo la vida del trigo se transmite al hombre mediante el proceso de la muerte y la posterior asimilación.

Siguiendo una serie de procesos similares la vida de Dios está hora a nuestra disposición en Cristo. Nuestro Salvador se convirtió, por así decirlo, en el grano de trigo en manos de Dios. Fue el quien fue quebrantado y molido en el Calvario. Allí se hizo cargo de nosotros y de nuestros pecados. De ese quebrantamiento, de la tumba, de la muerte misma, salió y se levantó para iniciar una vida de resurrección. De este modo se convirtió en nuestro pan.

Como hay una enorme diferencia entre los simples granos de trigo y el pan, así también hay una notable diferencia entre Jesús de Anisarte y el Señor resucitado. La vida del trigo esta limitada al grano, hasta que se le rompe y se le muele. Así también la vida de Dios en Cristo estaba limitada a su cuerpo terrenal hasta después de su muerte y después de su resurrección. A partir de entonces está a disposición de todos los hombres en todas partes por medio de su espíritu. De esta manera, todo el que tiene hambre de pan del cielo, de la vida que ofrece Dios de la vitalidad que hay en Cristo, lo tiene a su disposición a través de su Espíritu.

La especial responsabilidad del misericordioso Espíritu Santo es la de tomar las cosas de Cristo, los atributos de Cristo, el carácter de Cristo, y transmitírnoslo a nosotros los fieles.

Este concepto esta totalmente aclarado en el evangelio de Juan en los capítulos de 14 – 17. En la misma vida del Cristo resucitado la que de esta manera se nos imparte. Este es el modo en que su vida se me hace real y se vuelve parte de mi misma vida. Su vida viene a ser mi propia vida.

Con este trasfondo podemos entender lo que significa que Cristo sea el pan del cielo. La oración que nos enseñó a usar se transforma así en una poderosa plegaria en la que pedimos la vida misma de Dios para nosotros.

Vale decir que no es un simple pedido rutinario de pan para comer. Se trata más bien, de un profundo y desesperado anhelo de que el Cristo resucitado se haga real en mí cada día. “¡PADRE MÍO, DAME HOY MI PAN COTIDIANO!” “¡PADRE MÍO, QUE LA MISMA VIDA DE TU HIJO RESUCITADO, de mi Señor, el Cristo ascendido, sea mi propia vida hoy!”

Una plegaria, una oración SOLO puede originarse y solo se origina, en Dios mismo. No puede surgir de un corazón egoísta o satisfecho de sí mismo. Es la maravilla de las maravillas el que Cristo mismo prometiera abundancia (Mateo 5 y 6).

Si nosotros, hombres mortales como todos, nos alimentamos diariamente con la misma vida de Cristo, ¿qué ocurre? ¿Sigo siendo la clase de persona que era antes de que se me diese este pan del cielo? La respuesta es un enfático NO.

En forma gradual pero ineludible se producirán en mi vida algunos cambios sorprendentes. Mi carácter se volverá semejante al de Cristo mismo. Mi conducta comenzará a semejar a la conducta de él. Mi mente comenzará a abrigar la clase de pensamientos de bondad, belleza, paz y contentamiento. Nacerán en mí las mismas actitudes que la muestra hacia los demás, compasión, aceptación, interés y genuino perdón. Surgirán dentro de mí ser poderosas y compulsivas motivaciones que tienen su fuente en el amor y la comprensión que abriga su corazón.

La vida misma del Señor resucitado se extenderá con ternura por mis manos hasta tocar las manos de los que sufren, hasta auxiliar al que lleva una carga pesada; incluso, hasta ofrecerme a cualquier cosa que alguien necesite, un vecino, un amigo, un hermano, etc.

La vida de Cristo encontrará expresión a través de mis pies, que me llevarán a visitar a los enfermos a llevarle un poco de comida al que tiene hambre, a dedicar el tiempo necesario para salir a caminar tranquilamente con mi esposo o mis amigos o familiares.

Esta vida de Cristo en mi ser encontrará formas de expresión a través de la voz, los labios y el rostro. A lo mejor no es más que una sonrisa pasajera dirigida a un extraño, una palabra cariñosa de aprecio para la persona que me ha atendido en un negocio restaurante, unas cuantas palabras de ternura para los que están cerca de modo que, dondequiera que vaya o donde quiera que viva, quedará en el ambiente un cálido y alentador legado de buena voluntad.

Este “pan cotidiano” obrará sutiles, pero a la vez profundos cambios en mi estilo de vida. Después de todo es Cristo mismo el que, por su Espíritu, está penetrando todo mi ser. Poco a poco me iré sintiendo menos preocupado, con la simulación, el fingimiento, la fachada exterior y los pretextos del mundo secular; la pompa, el orgullo y la pasión que exigen, y a que obliga, buena parte de los que representa el hombre mortal, ya no me

tendrán aprisionado. Descubriré que el estúpido orgullo, la trivial vanidad, son características infantiles y egocéntricas de mi persona.

Se ha dicho que “somos lo que comemos”. Si alimentamos el alma y el espíritu con el pan del cielo que manda Dios, se entiende que eso es lo que seremos, es este principio sumamente dinámico, el que explica la razón que llevó al maestro a incluir esta petición aparentemente insignificante en su sublime oración.